La filosofía moderna y contemporánea El sentido de la evolución en versón Autor Antonio Sánchez Antonio Monclús Estella Día de grabación 8 de enero de 1980 Día de emisión 1 de abril de 1980 La historia de la evolución de la vida, por incompleta que sea todavía, nos deja ya entrever con

cómo la inteligencia se ha constituido por un progreso ininterrumpido a lo largo de una línea que sube a través de la serie de los vertebrados hasta el hombre. Con estas palabras comienza l'évolution créatrice, la obra decisiva de Henri Bersón, para poder comprender su pensamiento en torno al tema de la evolución. Bersón, sumamente preocupado por la dinámica interna del proceso evolutivo, calientes aún los ecos de la polémica suscitada por las investigaciones de Darwin, y preocupado a la vez por el significado de la energía espiritual, va a tratar de concentrar en las páginas de este célebre y constantemente reeditado libro el mayor caudal posible de la historia de la humanidad. Es un libro que es muy simple de interrogantes y respuestas que se podían hacer las mentes inquietas a comienzos de la historia.

de este siglo en torno a estas cuestiones. Pero más aún, la pretensión de Bersón es más ambiciosa, pues en cierto modo hay una voluntad de sistema en el conjunto de su obra. De hecho, él pretende dotarla de una estructura con una coherencia característica a partir de la cual los principales problemas tradicionales de la filosofía pueden ser reconocidos y respondidos. La evolución creatriz tiene cuatro grandes capítulos. El primero analiza una serie de aspectos de la evolución de la vida, la mecanicidad y la finalidad, y en realidad es un planteamiento de la problemática inorgánico-orgánico. El segundo estudia las direcciones divergentes de la evolución de la vida, señalando el eje de la cuestión en la relación conflictiva entre inteligencia y inteligencia. Gracias.

instinto. El tercero habla de la significación de la vida, del orden de la naturaleza y de la forma de la inteligencia. En el fondo de ello anida, por tanto, el tema de la intelectualidad-materialidad. Finalmente, el capítulo cuarto plantea lo que él denomina el mecanismo cinematográfico del pensamiento y la ilusión mecanicista. Hay en él una ojeada sobre la historia de los sistemas, el devenir real y el falso evolucionismo. En realidad se trata de un apéndice a los tres anteriores y un recorrido por algunos momentos de la historia de la filosofía. Comienza el capítulo primero analizando la duración, concepto central de su pensamiento evolucionista. Bersón expone desde las primeras páginas su convicción de que hay una dinámica de duración en el interior de la vida, de la existencia. La existencia humana, si debe ser analizada desde la perspectiva de la duración, es porque no es algo estático, sino algo en movimiento. En cambio, es algo que se puede ver en la vida. La existencia humana, si debe ser analizada desde la perspectiva de la duración, es porque no es algo estático, sino algo en movimiento. En cambio, es algo que se puede ver en la vida. El cambio continuo.

Por eso dice literalmente, se tiene pues razón en decir que lo que nosotros hacemos depende de lo que nosotros somos, pero hay que añadir que nosotros somos en cierta medida lo que hacemos y que nosotros nos creamos continuamente a nosotros mismos. Esta creación de sí mismo por sí mismo es tanto más completa, por otro lado, cuanto mejor se razona sobre lo que se hace. Por eso, añade algo después, nosotros buscamos solamente qué sentido preciso nuestra conciencia da a la palabra existir, y nos encontramos con que, para un ser consciente, existir consiste en cambiar, cambiar en madurar, madurar

en crearse indefinidamente a sí mismo. Hay un momento fundamental en este capítulo, así como en el conjunto de la obra versoniana, en la que el famoso profesor de Eucaristía, el profesor de la filosofía, el profesor de la filosofía, el profesor de la filosofía, el profesor de la filosofía, el profesor de la filosofía, el profesor de la filosofía, habla del élan vital, que podríamos traducirlo por el impulso vital.

En la versión hay una idea inicial, un punto de partida del análisis de la vida, y este es que hay un elan original de la vida, pasando de una generación de gérmenes a la generación siguiente de gérmenes, por intermedio de los organismos desarrollados que forman el trazo de unión entre los gérmenes. Este impulso, aunque se conserva en las diversas líneas de evolución entre las que se divide, es la causa profunda de las variaciones, al menos de las que se transmiten regularmente, que se suman y que crean especies nuevas. En general, añade el texto, cuando unas especies han comenzado a separarse a partir de un tronco común, acentúan su divergencia a medida que van progresando en su evolución. Sin embargo, en unos puntos de la historia, el texto no es un texto de la vida, sino de la evolución. En los puntos definidos, ellas podrán y deberán incluso evolucionar idénticamente si se acepta la hipótesis de un elan, de un impulso común. A partir de la formación del ojo.

en los moluscos y en los vertebrados, Bersón va a intentar mostrar de una manera más precisa la idea de un elan original de la vida. A propósito de este punto, Bersón se pregunta si hablando de una marcha en la visión no volvemos a la antigua concepción de la finalidad. Sería así, responde, sin ninguna duda, si esta marcha exigiera la representación, consciente o inconsciente, de un fin a alcanzar. Pero la verdad es que se efectúa en vez de en virtud del elan original de la vida, que ella está implicada en este mismo movimiento y que es precisamente así porque se la encuentra en líneas independientes de evolución. Si en este momento se le pregunta a nuestro autor por qué y cómo ella está implicada allí, no respondería que la vida es ante todo una tendencia a actuar sobre la materia bruta y que el sentido de esta acción no está sin duda predeterminado, pues a partir de este punto, Bersón se encuentra en la posición de la verdad.

allí observamos la imprevisible variedad de formas que la vida al evolucionar siembra en su camino. Más adelante, Bersón expone otra de sus célebres tesis, la de las diferentes características y peculiaridades de la inteligencia y el instinto. La inteligencia tiene por función establecer relaciones, pero hay que ver cómo está adaptada la inteligencia a la materia. Para ello, sugiere el autor partir de la acción y que analicemos cómo la inteligencia intenta fabricar. Entonces vemos que la fabricación se ejerce exclusivamente sobre la materia bruta, en el sentido que, incluso si ella emplea materiales organizados, los trata en cuanto objetos inertes, sin preocuparse de la vida que los ha informado. De la materia bruta ella misma no retiene apenas más que los sólidos. Así pues, concluye el autor, si la inteligencia tiende a fabricar, se puede prever.

que lo que hay de fluido en lo real se le escapa en parte y que lo que hay de propiamente vital en lo viviente se le escapará completamente. Porque nuestra inteligencia, tal como ha salido de las manos de la naturaleza, tiene por objeto principal el sólido inorganizado. Porque en definitiva, la inteligencia no se representa claramente más que lo discontinuo, es decir, la inmovilidad. Por ello la inteligencia no está hecha en absoluto para pensar la evolución en el sentido propio de la palabra, es decir, la continuidad de un cambio que sería

movilidad pura. Porque la inteligencia se representa al devenir como una serie de estados de los cuales cada uno es homogéneo consigo mismo y por consiguiente no cambia. En suma, afirma tajantemente, la inteligencia está caracterizada por una incomprensión natural de la vida. Por el contrario, el instinto está moldado sobre la forma misma de la vida. Mientras que la inteligencia trata todo a la vez. ¿No se puede hacer las cosas mecánicamente?

El instinto procede por hablar así orgánicamente. Si él interiorizase en conocimiento en lugar de exteriorizarse en acción, si supiéramos interrogarle y él pudiera responder, nos entregaría los secretos más íntimos de la vida. Es cierto que hay muchos grados de perfección en el mismo instinto a lo largo del proceso evolutivo, pero lo que hay de esencial en el instinto no sabría expresarse en términos intelectuales ni por consiguiente analizarse. La evolución se ha hecho según líneas divergentes y en el extremo de dos de estas líneas, las dos principales, nosotros nos encontramos con la inteligencia y el instinto bajo sus formas aproximadamente puras. El instinto es simpatía. Si esta simpatía pudiera extender su objeto y también reflexionar sobre ella misma, nos daría la clave de las operaciones vitales. Incluso aunque la inteligencia, desarrollada y enderezada, no es la única. Si la inteligencia, desarrollada y enderezada, nos introdujera en la vida, nos daría la clave de las operaciones vitales.

materia. Y es al interior mismo de la vida donde nos conducirá la intuición, es decir, el instinto vuelto desinteresado, consciente de sí mismo, capaz de reflexionar sobre su objeto y de ensancharlo indefinidamente. Tras estas indicaciones de los aspectos centrales de las tesis más importantes de Bersón, estamos en capacidad de captar el significado de la evolución según él lo sostiene. El Elan de vida aquí analizado consiste en suma en una exigencia de creación. Este Elan no puede crear absolutamente porque encuentra ante sí a la materia, es decir, el movimiento inverso al suyo, pero él se apodera de esta materia. Que es la necesidad misma.

y tiende a introducir allí la mayor suma posible de indeterminación y libertad. Bersón, con acentos muy cercanos a otros evolucionistas espiritualistas, como Teilhard de Sarden, añade después que en un cierto sentido el hombre es el término y el fin de la evolución. La vida trasciende la finalidad, como las otras categorías. Es esencialmente una corriente lanzada a través de la materia y que saca de ella lo que puede. El hombre continúa indefinidamente el movimiento vital, aunque no arrastre consigo todo lo que la vida llevaba en sí. Todo sucede, dice textualmente Bersón, como si un ser indeciso y vaporoso, que se podría llamar como un ser de la vida, como si fuera hombre o superhombre, hubiera buscado realizarse.

ha llegado a ello más que abandonando en el camino una parte de sí mismo. Estos desechos están representados por los restos de la animalidad y por el mundo vegetal, al menos en lo que éstos tienen de positivo y de superior en los accidentes de la evolución. El hombre, sin embargo, perdió también bienes preciosos en el camino de la evolución. Por ejemplo, el hecho de que la conciencia en el hombre sea sobre todo inteligencia, supone un reduccionismo en detrimento de la intuición. Intuición que marcha además en el sentido mismo de la vida, según se dijo. Bersón termina estos análisis, al final del capítulo tercero, con estas palabras no exentas de un matiz incluso soteriológico. El animal toma su punto de

apoyo en la planta, el animal se siente en la planta, el animal se siente en la planta, el animal se siente en la planta, el hombre cabalga sobre la animalidad y la humanidad entera.

en el espacio y en el tiempo, es un inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, adelante y detrás nuestro, en una carga que arrastra, capaz de derribar todas las resistencias y de franquear muchos obstáculos, incluso quizá la muerte. En Le Dessus de la Moral y de la Religión, las dos fuentes de la moral y de la religión, escrita unos años después, el sentido de la evolución creadora versoniana completa su marco, llevando sus explicaciones al campo moral y religioso, con la diferenciación estructural en síntesis, entre la evolución creadora y la religión, y la evolución creadora y la religión, entre la evolución creadora y la religión, entre moral y religión estáticas y cerradas, y moral y religión dinámicas y abiertas.

En otra ocasión, por razones de espacio, analizaremos este nuevo e importante capítulo de la obra versoniana.